

# Sobre el «Hispanismo Filosófico»

## Meditación en torno a los fundamentos histórico-culturales de la Comunidad Hispánica

**H**emos constatado una situación peculiar dentro de la trayectoria del «hispanismo». Hablar de agotamiento del hispanismo tradicional sería sin duda una exageración, pero sin llegar a una definición tan drástica, es evidente que hay una saturación en la temática de que habitualmente trata el hispanismo en el ámbito de los estudios lingüísticos y literarios, con las consiguientes dificultades para encontrar nuevos cauces de investigación de estudio. Por otro lado, la complejidad del ámbito hispánico y su creciente vitalidad exige atender a otras esferas de estudio usualmente abandonadas por los hispanistas. Me refiero a campos como el de la antropología, la sociología, la historia, la política, la psicología y otras disciplinas que suelen encuadrarse dentro de las llamadas Ciencias Sociales. No es extraño que en Gran Bretaña haya surgido frente a la veterana Asociación de Hispanistas Británicos, una nueva «Association for Contemporary Iberian Studies»; algo parecido está ocurriendo en otros países y en otros centros de investigación.

Por otro lado, somos de la opinión de que la Historia de las Ideas constituye una disciplina de particular fecundidad en los ámbitos abiertos a la investigación por las Ciencias Sociales y que, dentro de sus planteamientos, la filosofía ocupa un lugar privilegiado en la estructura temática y en el análisis de sus problemas. Además, la aplicación de los métodos propios de la Historia de las Ideas es evidente que abre vías inéditas de investigación y amplía el campo de estudio del hispanismo de forma extraordinaria, enriqueciéndolo en múltiples dimensiones.

La circunstancia de que la filosofía ocupe el lugar axial de esta renovación metodológica y temática es un factor esencial que sin duda puede servirnos para profundizar en un aspecto que consideramos básico para los pueblos de lengua española: la indagación y esclarecimiento de los problemas relacionados con su «conciencia intelectual». La cuestión resulta del máximo interés en un momento en que los distintos procesos de internacionalización del planeta están conduciendo a un índice creciente de la uniformidad y la homogeneidad, poniendo en grave riesgo los patrimonios sociales y culturales de los distintos pueblos, al anular sus diferencias y especificidades. En esta situación, los estudios sobre identidad cultural —y la problemática en ello implícita— de las distintas tradiciones y culturas, se imponen por sí mismos; de aquí nuestro interés en buscar los fundamentos histórico-culturales de la comunidad hispánica, tarea prioritaria de un «hispanismo filosófico» con conciencia de sí mismo.

Al aceptar este punto de partida estamos haciéndonos eco de algo que se vio ya en 1892, tras el IV Centenario del Descubrimiento de América, cuando quedó clara conciencia de la importancia del tema americano para la identidad cultural española, recogida por los pensadores más conspicuos de la generación del 98. Es sabida la atención que Unamuno dedicó al tema iberoamericano y la correspondencia que mantuvo con algunos de los más eminentes representantes de la cultura del continente. Ángel Ganivet decía en carta a Unamuno: «Nuestro pasado y nuestro presente nos ligan a la América española; al pensar y trabajar, debemos saber que no pensamos ni trabajamos sólo para la Península e Islas adyacentes, sino para la gran demarcación en que rigen nuestro espíritu y nuestro idioma»<sup>1</sup>.

Estas palabras de Ganivet no quieren decir que se deje llevar por la demagogia de los políticos ni la retórica de los periodistas que hablan de una institucionalización de la «unidad hispánica». Al contrario, tal como dice en su *Idearium español*, esa unidad debe limitarse a lo cultural y a lo espiritual. «Mi opinión es contraria a todas las uniones iberoamericanas habidas y por haber —dice—; en nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo y anunciarlo con ruido y con aparato. Ese sistema no conduce más que a la creación de organismos inútiles, cuando no contraproducentes, siempre que se habla de la unión ibero-americana... No creo que nadie haya pensado seriamente en organizar una “conferencia política de todos los Estados hispano-americanos”; este ideal es de tan larga y difícil realización, que en la actualidad toca en las esferas de lo imaginario; no queda, pues, otra confederación posible que la “confederación intelectual o espiritual”, y ésta exige: 1.º que nosotros tengamos ideas propias para imprimir unidad a la obra; 2.º que las demos gratuitamente, para facilitar su propagación»<sup>2</sup>. La conclusión del análisis de Ganivet terminaba con estas palabras: «Si España quiere recuperar un puesto, ha de esforzarse para restablecer su propio prestigio intelectual y luego para llevarlo a América e implantarlo sin aspiraciones utilitarias»<sup>3</sup>.

El tiempo ha pasado desde aquellas lejanas meditaciones ganivetianas y, con el tiempo, España sufrió una penosa y larga dictadura bajo la cual apuró los últimos residuos

<sup>1</sup> Ángel Ganivet, «El porvenir de España», en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1962; tomo II, pág. 1081.

<sup>2</sup> «*Idearium español*», en O.C., ed. cit., tomo I, págs. 248-249.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 251.

—si bien ahora, desde un pretendido punto de vista espiritual y moral— de una concepción imperial de la política en relación con los países iberoamericanos. Esos años de la dictadura franquista vinieron a ser condensación final de un hecho incontrovertible, que podemos resumir así: las relaciones históricas entre España y el Continente Americano han estado secularmente marcadas por el encuentro entre ambos mundos, que para España fue el del Imperio; las relaciones quedaron por ello ceñidas a la dialéctica Metrópoli-Colonias, totalmente inservible para un momento como el actual en que ni España es metrópoli ni aquellos países son colonias.

Por el contrario, se impone en la actualidad un proyecto de «reconversión» de la historia de España al que me he referido en otras ocasiones como «inversión histórica». Es un hecho que la constitución de la nación española se realizó por fusión con otras culturas y otros pueblos, en un proceso de sincretismo o mestizaje cultural que aúna elementos muy diversos: lo ibérico, lo romano, lo germánico, lo judío... Ahora bien, así como ese sincretismo quedó interrumpido y ahogado en la península, por el proceso de afirmación imperial e imperialista, que se produjo a partir del siglo XVI, también es verdad que la tendencia sincrética continuó su tarea, fructificando ampliamente en tierras americanas. El proceso de fusión entre pueblos, mediante la asimilación de elementos culturales diversos, se prolongó en el nuevo continente, tras haber agotado sus posibilidades en el espacio europeo. A partir de esta concepción es posible entender ese fenómeno de la «inversión histórica» al que me he referido antes; entendemos ésta como la tendencia intrínseca a la cultura española de abrirse a la comprensión del presente y el futuro iberoamericano mediante el entendimiento de su pasado remoto. Sólo comprendiendo esa primera historia española podrá entenderse el sentido de lo iberoamericano con dirección de futuro.

Al insistir en esos fundamentos de la constitución de España como nación, mediante la integración o mestizaje de culturas varias y heterogéneas, Américo Castro elaboró historiográficamente, con materiales muy sólidos, la teoría del origen de lo español como producto del sincretismo entre lo cristiano, lo árabe y lo judío. Ejemplos de un sincretismo semejante en el desarrollo cultural tenemos en abundancia: arquitectura mudéjar, arte mozárabe, literatura aljamiada, erasmismo...

Productos todos ellos del mestizaje cultural, como lo es, en definitiva, la misma constitución de la nación española. A poco que se profundice —sin los prejuicios y anteojeas que nos han cegado hasta fecha reciente— vemos que lo que ha hecho realmente posible a España ha sido la asimilación de elementos raciales y culturales muy heterogéneos. Aunque en los últimos tiempos, debido a la investigación de Américo Castro antes mencionada, se ha insistido mucho en la integración de las tres culturas —cristiana, islámica y judía— no hay que olvidar todo el pasado anterior, según el cual España se constituye mediante el ensamblaje de piezas muy diversas. Aparte de las tres culturas ya mencionadas, es imposible olvidar que lo ibérico, lo celta, lo romano, lo cartaginés, lo visigodo..., son elementos que también entraron a formar parte de la misma constitución de la nacionalidad española, propiciando esa asimila-

ción de lo diverso a que antes aludíamos en una síntesis superior que vendrá a hacer posible, con el paso del tiempo, que la cultura española adquiera el valor de una cultura universal. Es precisamente esa universalidad lo que le abre una doble posibilidad: la de hermanarnos con la cultura americana, una cultura que es producto también del mestizaje y que se constituye precisamente en cuanto tal.

En este sentido, meramente esbozado, lanzamos la hipótesis de que la cultura hispánica pueda ayudar a corregir los defectos y limitaciones propios de la cultura de hoy dominante en Occidente —de raíz eminentemente anglosajona—, ofreciendo una nota de esperanza al futuro. No olvidemos que esa España de la integración, de la síntesis y del mestizaje es la misma que descubrió América y puso en el continente americano las bases del sincretismo cultural que conformó su estructura social.

Volvamos ahora a algunas consideraciones que me parecen particularmente pertinentes en orden a ese proyecto de «inversión histórica» al que me estoy refiriendo. Se ha dicho más de una vez —y lo dijeron muy enfáticamente los positivistas de la primera independencia— que el proceso de constitución de Hispanoamérica fue, en parte importante, un proceso de «desespañolización», en cuyo seno anidaban ideales que ahora puede ser interesante poner en marcha, con vistas a la realización —no retórica, sino real y verdadera— de un proyecto de fraternidad y solidaridad entre el pensamiento español —o de los pueblos españoles, puesto que también en la Península Ibérica hay varios— y los pueblos iberoamericanos. Ese proyecto pide, en definitiva, una emancipación —unos y otros, españoles y americanos— de todo pensamiento imperialista, impuesto desde la metrópoli. No olvidemos que el pensamiento imperialista y dominador ha estado vigente en España hasta hace muy poco a través de la doctrina oficial de la hispanidad, elaborada bajo el régimen franquista.

Al objeto de aclarar el servicio que ahora puede prestarnos —con vistas a una política de actualidad— ese proyecto de «desespañolización», creo que es útil citar un párrafo de Octavio Paz particularmente interesante, que —aunque referido a la emancipación política de aquellos países— puede servir para orientarnos en el presente: «La independencia hispanoamericana no fue un movimiento de separación, sino de *negación* de España. Fue una verdadera revolución —y en esto se parece a la francesa—; es decir, fue una tentativa de cambiar un sistema por otro: el régimen monárquico español, absolutista y católico, por uno, republicano, democrático y liberal»<sup>4</sup>. Esta frase de Octavio Paz me parece que debe hacernos meditar, pues estamos viviendo un momento histórico en que España se ve abocada a realizar ese proceso a que antes aludí de «inversión histórica» —a eso me quería referir con el vocablo «desespañolización»— para encontrarse consigo misma. Aunque hemos empleado el vocablo «desespañolizar» —de tan ingratos recuerdos—, no se trata en absoluto de negar lo español, sino aquello de lo español que nos resulta hoy inservible, en cuanto a exaltación y afirmación del pasado imperial, dominador y contrarreformista. Este es precisamente un proyecto perfectamente viable en nuestros días, en la medida en que en España prima el sentimiento anti-imperialista frente a la antigua actitud imperial; es también cierto

<sup>4</sup> Octavio Paz; Cit. por Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, Siglo XXI, México, 1982, pág. 26.*